

traña la civilizacion cristiana, deben á ese gran principio de la caridad y del amor la poderosa vitalidad que los distingue. Ese espíritu de beneficencia y de misericordia, ese espíritu de abnegacion y de sacrificio en favor de todos los hombres, y con especialidad de los que sufren y lloran, esa dulzura en las relaciones sociales, esa suavidad en la legislacion, esa tolerancia universal, ese noble deseo de mejorar la condicion de las clases inferiores y desheredadas, esa moderacion en el uso y resultados de la guerra, ese espíritu universal de humanidad, de benevolencia y de amor, cualidades y caractéres que distinguen y ennoblecen la civilizacion cristiana, colocándola á una altura inmensa sobre todas las civilizaciones antiguas, no son otra cosa en el fondo mas que manifestaciones múltiples y espontáneas de los grandes principios evangélicos arriba mencionados, á los cuales el principio superior de la caridad comunica vitalidad inagotable, imprime poderosa fuerza de expansion, y convierte en fuerzas vivas y permanentes de civilizacion y de progreso. ¡Y todavía hay hombres que desconocen y niegan que la civilizacion europea lleva en su alta y noble frente el sello real de Jesucristo! Fenómeno es este en verdad que apenas podemos esplicarnos. Solo teniendo en cuenta la influencia perniciosa de las pasiones sobre la inteligencia, y la influencia mas temible aun del orgullo y la soberbia sobre la razon, podemos concebir que haya hombres de ciencia que afecten desconocer y se obsti-

nen en negar, que si la Europa marcha á la cabeza del mundo; si la sociedad europea es el foco y centro de la civilizacion, es porque lleva en sus entrañas al cristianismo, es porque Jesucristo y su Iglesia han depositado en ella sus ideas, sus principios, sus máximas, su fuerza, su sávia, su vida, sus elementos y sus caractéres: que no sin razon esa maravillosa civilizacion que la ingratitud del hombre de acuerdo con el orgullo de la ciencia racionalista pretende arrebatarse de las manos de Jesucristo y de su Iglesia, lleva el nombre glorioso y característico de *civilizacion cristiana*.

La enérgica vitalidad y la poderosa fuerza de expansion inherentes y connaturales al elemento divino y á las ideas evangélicas que lleva en su seno la civilizacion cristiana, contiene tambien la razon suficiente de la superioridad é influencia indisputable que ejerce sobre las demás civilizaciones que se reparten hoy el dominio del mundo. Echando una ojeada sobre el mapa de la tierra, se advierte desde luego, que dejando á un lado las tribus salvajes, las naciones civilizadas se hallan representadas y caracterizadas por tres grandes agrupaciones, á saber: la agrupacion búdhica, la agrupacion mahometana, la agrupacion cristiana; lo cual vale tanto como decir, que el budhismo, el mahometismo y el cristianismo representan y caracterizan las tres especies ó clases fundamentales de civilizacion que se disputan el dominio del mundo actual.

Si se nos pregunta ahora nuestra opinion acerca del porvenir de estas tres civilizaciones, debemos contestar que si se trata del porvenir mas ó menos próximo de esas civilizaciones, no vacilamos en creer y afirmar que la civilizacion cristiana no será, no puede ser vencida por las otras dos espresadas: lejos de eso, tenemos por muy probable el triunfo mas ó menos completo y absoluto de la primera sobre las segundas en un período de tiempo mas ó menos largo. Bien sea que se considere á la civilizacion cristiana como una manifestacion fundamental y especial del plan divino en la historia, es decir, como encarnacion y revelacion de la fase histórica consiguiente al período preparatorio, y relacionada con la redencion del hombre por Dios; bien sea que se la considere por parte de su inmensa superioridad y de los elementos de vida que en su seno encierra, parece incontestable que las civilizaciones búdhica y musulmana, se verán precisadas á ceder y serán absorbidas tarde ó temprano por la civilizacion cristiana.

Es sobremanera racional y lógico el afirmar que esta civilizacion, merced á la poderosa iniciativa que la distingue, y á la vigorosa fuerza de expansion que le es inherente; merced tambien á las maravillas de sus artes, á las conquistas de su ciencia, á los prodigios de su industria, al ardor y celo de sus misioneros, debe acabar y acabará ciertamente por descomponer, ó si se quiere, por hacer entrar en la órbita de su

atraccion y asimilarse esas dos civilizaciones estériles, frias y caducas, cuyo único poder de resistencia consiste en su misma inercia.

Esto no obstante, si se trata del último destino y porvenir final de la civilizacion cristiana, confesar debemos sin vacilar nuestra ignorancia, porque este es el secreto de Dios. La Europa atraviesa una crisis profunda: lleva en su seno elementos heterogéneos y opuestos que determinan en sus entrañas un gran movimiento de fermentacion, movimiento que se revela al exterior por síntomas amenazantes y por convulsiones terribles y cada vez mas inminentes. Al lado del principio cristiano y de los elementos evangélicos que le dan fuerza y vida, descúbreanse instituciones ateas, ideas materialistas, costumbres y tendencias sensualistas, rebelion satánica de la ciencia y de la razon contra Dios, al cual pretenden arrojar del mundo y de la sociedad; en una palabra, el principio pagano en todas sus formas luchando y reaccionando contra el principio cristiano. ¿A cuál de estos dos principios pertenecerá la victoria final? No es dado al hombre penetrar los eternos é inescrutables designios del Altísimo cuando se trata del destino final de la humanidad sobre la tierra, ni tampoco reconocer y predecir las determinaciones de la voluntad del hombre en el porvenir. Ello es cierto que la Europa, como centro y foco de la civilizacion cristiana, lleva en sus entrañas principios de corrupcion y principios de restauracion, gérmenes de

bien y gérmenes de mal, señales de vida y señales de muerte. Mientras el observador contempla extasiado los grandes caracteres y conquistas que parecen asegurarle una vida inmortal, llega á sus oídos súbitamente el sordo y espantable rugido de la tempestad que conmueve sus cimientos, y que parece anunciarle con fatídico acento la proximidad de la desolacion y de la muerte, el reinado pavoroso de la anarquía y del caos.

Por otra parte, las lecciones de la historia deben hacernos cautos y sóbrios con respecto á las predicciones de un futuro histórico mas ó menos lejano. Los contemporáneos de Pericles, de Fidias, de Platon y de Aristóteles no hubieran creído probable, ni siquiera posible, que á la vuelta de algunos siglos, dentro de los muros de Atenas, en las campiñas del Atica y de todo el Peloponeso solo se verian algunas manadas de esclavos encorvados bajo el yugo de la barbarie mahometana.

Es posible que la crisis profunda que atraviesa hoy la civilizacion cristiana, razon suficiente y verdadero origen de la superioridad que distingue á la Europa, se resuelva en sentido favorable al principio católico, representante legítimo y completo del cristianismo, y que purificada, robustecida y vigorizada por este medio la civilizacion europeo-cristiana, estienda sus conquistas de una manera permanente y mas ó menos definitiva al resto del mundo: pero es muy posible

tambien que esta civilizacion se marchite y perezca, corroída por el principio pagano que abriga en su seno, bien sea que la mano de Dios se agrave sobre la Europa por medio de catástrofes desoladoras y de revoluciones sangrientas, bien sea que para castigar su ingratitud para con el cristianismo y la Iglesia, traslade su civilizacion á otros climas y á otros pueblos. En todo caso, y cualesquiera que sean los destinos ulteriores, y sobre todo el porvenir final de la civilizacion europea, tenemos por indudable que la civilizacion cristiana, mas ó menos pura, mas ó menos perfecta y desarrollada, durará tanto como la humanidad en un punto ú otro del espacio; porque esta civilizacion radica en el cristianismo y en la Iglesia de Cristo, cuyo reinado permanecerá sobre la tierra hasta la consumacion de los siglos. La civilizacion cristiana es un árbol que recibe su sávia y su vitalidad del Evangelio; es la revelacion social de la redencion operada por el Verbo de Dios; es una fase, una forma, una expansion de la doctrina católica y de la Iglesia de Cristo, es como la encarnacion histórica y humana de la palabra divina. Y no en vano está escrito que la Iglesia es *columna y firmamento de la verdad*: no en vano está escrito que *todas las cosas debian ser restauradas en Cristo*: no en vano está escrito que *el cielo y la tierra pasarán, pero la palabra de Dios no pasará*.

Por lo demás, el porvenir final de la civilizacion, como obra puramente humana, y abstraccion hecha

del elemento divino, y como divino, permanente é imperecedero de la civilizacion cristiana, será cual lo haga el hombre. Ya hemos visto que la accion soberanamente libre de Dios, la intervencion de la Providencia en la historia y en la marcha de la humanidad terrestre, lejos de excluir ó negar, supone y afirma la accion libre del hombre. Las naciones, como los individuos, realizan su destino por medio del ejercicio de su propia libertad, bajo la direccion superior de la Providencia divina. Cierto es que el hombre no puede predecir el destino final de las sociedades humanas sobre la tierra, como no puede predecir cuáles serán sus determinaciones libres durante su vida ulterior, porque esto solo cabe dentro de la ciencia infinita, á la vez que eterna y simultánea de Dios. Sin embargo, no es menos cierto por eso que estas sociedades terminarán su carrera sobre la tierra de la manera y en la forma que hayan merecido por medio de su libertad, ó sea en relacion con el uso bueno ó malo que hayan hecho de su libertad y de los dones recibidos del Dios Creador y Redentor. Ya hemos visto que la ley de la eterna justicia constituye una de las derivaciones y manifestaciones mas importantes de la ley histórica en sus aplicaciones á los pueblos y civilizaciones que vienen sucediéndose sobre el teatro de este mundo. Lo que fué, será; porque no hay razon para pensar que las condiciones de aplicacion de esta ley suprema de la justicia divina, se modificará

con el trascurso del tiempo. Si esta ley de justicia eterna se ha revelado en el principio y medio de la historia humana, castigando y premiando en los pueblos, como en los individuos, el abuso y el recto uso de su libertad, elevando ó abatiendo las naciones á medida de sus virtudes y sus vicios, haciendo responsables solidariamente á las civilizaciones y sociedades del bien y del mal por ellas libremente realizado, razonable y lógico será el afirmar que esa gran ley de la justicia eterna se realizará del mismo modo y bajo iguales condiciones en el término de la historia. El fin de esta y de la humanidad sobre la tierra será aquel que corresponda al mérito y demérito de sus propios actos, á la responsabilidad inherente al uso ó abuso de su libertad y de los múltiples dones de su Creador, cumpliéndose y realizándose en todo caso la ley de la suprema justicia, bien sea que la humanidad termine su larga peregrinacion sobre la tierra en los esplendores de una civilizacion superior y universal, bien sea que, por el contrario, sea llamada ante el tribunal de Dios en medio de horribles convulsiones, ó de triste y espantosa decadencia.

Y téngase presente que nuestra ignorancia acerca del estado y modo de ser de la humanidad al terminar su carrera terrestre, se estiende igualmente y con mayor razon todavía, si cabe, al tiempo ó época final de dicha carrera. Cuando los discípulos preguntaron sobre esto al Hombre-Dios, próximo á subir al cielo, este les

contestó: «No os pertenece conocer los tiempos y momentos que el Padre puso en su potestad.» No pertenece al hombre conocer lo que es propio de la sabiduría infinita de Dios. No pertenece á vosotros conocer el periodo final de la humanidad sobre la tierra, ni contar los siglos de su existencia, ni predecir el término de su duracion y de su vida. Reservado está esto al Padre celestial, cuya vida es el ser, cuya duracion es la eternidad, cuya inteligencia es infinita, cuya voluntad es soberana, cuya palabra es poderosa hasta dar la vida y la muerte y cuya mirada penetra el espacio, atraviesa los siglos, alcanza hasta el fondo del abismo, escruta el inescrutable corazon del hombre: *Non est vestrum nosse tempora vel momenta quæ Pater posuit in sua potestate* (1). Fueron estas las últimas palabras que pronunciaron los labios del Salvador del mundo en el momento de subir al cielo y sentarse á la diestra del Padre, el cual le enviará en el fin de los siglos para juzgar á los vivos y á los muertos.

¿Qué debemos inferir de estos datos y reflexiones? Hélo aquí en pocas palabras. La historia de la humanidad terrestre no será infinita en su duracion, ni siquiera indefinida, como pretender pudieran las teorías panteistas en armonía con los principios esenciales de esta escuela. La historia del género humano que pue-

(1) *Act. Apost.*, cap. I, v. 7.

bla el globo que habitamos y que en él viene desenvolviéndose á través de las edades pasadas, finalizará cuando hayan trascurrido los siglos predestinados desde la eternidad en la Inteligencia divina. Empero, así como nos es y será siempre desconocida la ley única, fundamental y primitiva de la historia, así tambien nos es desconocido el número de siglos que deberán formar el contenido de la historia universal de la humanidad terrestre.

Si es cierto, pues, que el panteismo y el racionalismo se apartan de los caminos de la verdad y de la religion cristiana al prescindir y negar de una manera mas ó menos explícita el término real de la historia humana, no es menos indudable que se hallan muy lejos de la prudencia cristiana y de la sobriedad científica, los que se dedican á pronosticar el fin del mundo, señalando términos y plazos determinados á la existencia del hombre sobre la tierra.

Este mundo será ciertamente, no aniquilado, como pretendieron algunos (1), sino renovado y trasformado, segun la frase de la Escritura. El fuego purificará los elementos de este globo, y disolverá sus partes, y trasformará su aspecto, y aparecerán *nuevos cielos y*

(1) La Iglesia ha reprobado siempre la doctrina de los que afirmaban con Orígenes que en el juicio final serian aniquilados los cuerpos. Al propio tiempo el papa Juan XXII condenó la siguiente proposicion de Eckard: *Nos transformamur totaliter in Deum, et converimur in eum.*

nueva tierra, según la palabra del profeta (1) y según la espectación del Apóstol (2); pero ni hombre alguno, ni los ángeles del cielo, ni siquiera el Hijo del hombre, en cuanto tal, conocen el día ni la hora de esa gran transformación (3).

En conformidad y armonía con esta palabra del Salvador del mundo, san Pablo, escribiendo á los fieles de Tesalónica, mientras por un lado les expone la doctrina católica sobre la resurrección general de los cuerpos, les encarga á la vez que no se dejen engañar por discursos aventurados acerca de la proximidad del fin del mundo. Lejos de señalar ni predecir el mismo la época temerosa y fatal, les dice, por el contrario, que es incierto y desconocido el día señalado en los consejos del Altísimo, como término de la carrera de la humanidad y de su historia sobre la tierra. «Nosotros que vivimos, escribe, estamos reservados para la venida del Señor... los muertos que están en Jesucristo resucitarán los primeros... No hay necesidad de señalaros el tiempo: vosotros bien sabéis que el día del Señor vendrá como el ladrón que sorprende por la noche.» «Os rogamos, añade en otra parte, que no

(1) *Isaias*, cap. LXV, v. 17.

(2) *Novos vero caelos et novam terram, secundum promissa ipsius expectamus*. Epist. 2.^a de San Pedro, cap. III, v. 13.

(3) *De die autem illo vel hora nemo scit, neque angeli in caelo, neque filius, nisi solus Pater*. Evangelio de San Marcos, cap. XIII, v. 32.

os dejéis turbar, ni os llenéis de espanto por pretendidas inspiraciones, por discursos, ó por una de nuestras cartas, como si estuviera próximo el día del Señor. Tened cuidado de que nadie os engañe (1).»

En conclusión: la humanidad terrestre, como entidad moral y colectiva, tiene prefijado un término á su carrera, que lo es igualmente de su historia, pero las condiciones internas y externas de esta historia en el porvenir, bien así como el límite de su duración, hallanse reflejadas solamente en la ciencia eterna, infinita y simplicísima de Dios.

(1) *Rogamus autem vos, fratres... ut non cito moveamini à vestro sensu, neque terreamini, neque per spiritum, neque per sermonem, neque per epistolam, tamquam per nos missam, quasi instet dies Domini. Ne quis vos seducat ullo modo*. Epist. 2.^a ad Tessalon., cap. II, vers. 1, 2, 3.

Colegio de misioneros dominicos de Filipinas, Ocaña, Junio de 1870.